

**EL IMAGINARIO DE ALDECOA EN LA GRACIOSA**

**DOMINGO GARÍ HAYEK**



La literatura, de manera especial cuando se trata de una literatura de sabor realista, debe considerarse como una fuente más para la investigación histórica. No ya por su aporte en la fabricación de los detalles o de un minimalismo precioso sino, sobre todo, por la carga reflexiva que contempla una obra por medio de la cual un autor medita sobre el tiempo que escribe.

El arte, y la literatura como parte de él, ha jugado en el pasado, y en mi opinión lo sigue haciendo en el presente, un destacado papel en la interpretación del mundo. La pintura, la literatura, la escultura, la música son géneros válidos, tanto como la filosofía, para buscar las respuestas que las gentes o una sociedad se plantean en un momento determinado. Si como enuncian Deleuze y Guattari, en su libro *¿Qué es la filosofía?* ésta se ocupa de la invención de los conceptos que sirven para representarnos el mundo, las artes se encargan de sacar los preceptos y los afectos. No se trata de establecer una jerarquía en las prioridades. El mundo es posible entenderlo desde la filosofía pero también desde las artes. “La exclusividad de la creación de los conceptos garantiza una función para la filosofía, pero no le concede ninguna preeminencia, ningún privilegio, pues existen muchas formas más de pensar y crear, otros modos de ideación que no tienen por qué pasar por los conceptos”<sup>1</sup>.

Hay dos momentos especialmente importantes para que las artes, y de forma particular la literatura, puedan jugar un papel estelar en el campo de las ideas o del análisis de la sociedad. El primero es cuando la filosofía, la ética o la ciencia no encuentran respuestas adecuadas a las preguntas que se hace la sociedad. Es quizás el momento presente en que vivimos. El segundo es cuando las condiciones políticas de un país hacen inviable el desarrollo de un pensamiento libre. Este caso es sin duda el de la España de los años sesenta, momento en que se escribe la novela de que trata esta ponencia.

La dictadura instalada en España desde 1939 prohíbe el desarrollo de un pensamiento libre. En ausencia de él fueron las nuevas generaciones de escritores quienes en los sesenta comienzan a ver la realidad social de España sin los ante-

---

1. Deleuze, G. y Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Anagrama, Barcelona 1993, pág. 14.

ojos de la cultura oficial. Entre ellos destacan Juan Goytisolo, Carmen Martín Gaité, Alfonso Sastre, Rafael Sánchez Ferlosio o Jesús Fernández Santos y el propio Ignacio Aldecoa.

Ignacio Aldecoa comenzó a publicar libros en 1947. En sus novelas más conocidas, Aldecoa trata el tema del hombre aislado por su trabajo, su raza, o por otras restricciones sociales. En *El fulgor y la sangre* (1954) presenta la situación de la Guardia Civil. En *Con el viento solano* (1956) parte de la situación de los gitanos. En *Gran Sol* (1957) narra el viaje de unos pescadores que salen a los bancos pesqueros del Great Sole en el Mar del Norte. De los de su generación, Aldecoa es quizá el que más ha cuidado el estilo, la elaboración y la estructura de sus creaciones. En 1967 publica *Parte de una Historia*. Esta novela pretendía ser el tomo II de una trilogía sobre los hombres del mar que había comenzado con la novela *Gran Sol* publicada diez años antes. El tomo III nunca llegó a escribirse. Seguramente truncado por la temprana muerte del autor (a los 44 años) en 1969.

El realismo de Aldecoa, por lo menos en esta novela, es alcanzado por medio de la descripción histórica de un momento determinado. De ahí el valor de fuente histórica del que hablamos antes. Es un realismo social que no ahonda, sin embargo, en la denuncia de las situaciones sino en la descripción cruda de las mismas. En la dureza de la vida cotidiana y la presentación como protagonistas de gentes que tienen que trabajar duro y sin esperanza para poder subsistir.

A pesar de ser una novela de posguerra no se tratan en ella los problemas derivados del triunfo del fascismo y de la instauración de la dictadura. No hay pasajes de la novela en los que se aborden las duras condiciones de vida como consecuencia de las circunstancias políticas. Por eso podemos hablar de un realismo fuertemente existencialista.

Aldecoa se sitúa en un afuera en el relato. Nos va contando la vida de los pescadores de *La Graciosa* como si fuese un cronista en la isla. De esa manera construye un discurso que pretende ser objetivo y no decantado por la suerte de los débiles. Por lo menos en la construcción del discurso. Otra cosa es que la presentación de determinados grupos sociales muestre una preocupación de hecho por ellos. "Aldecoa presenta al hombre en la realización de su trabajo cotidiano, pero son trabajos normalmente duros y cruentos..., aparecen así jornaleros, boxeadores, toreros, descargadores de muelles, marineros. No son trabajos que se realicen individualmente, sino que necesitan la colaboración de los demás... No presenta una sociedad dividida entre pobres y ricos, sino que sitúa las cosas en un lugar y presenta a los personajes como seres humanos concretos, con sus vicios y virtudes, independientemente de su nivel social... Hace una especie de épica de los oficios, ya que toma lo local y lo eleva a lo universal, los trabajos particulares de una zona o de una clase los eleva a la representación del trabajo humano y la lucha por la vida... En sus trabajos tiene una gran importancia la descripción, la creación de la atmósfera propicia... Las descripciones son siempre sugestivas y coloristas, sobre todo en los paisajes. Describe el color hasta el más mínimo

detalle y lo compara a objetos cotidianos para el lector. Pero no olvida las percepciones conseguidas por otros sentidos como el sonido que crea el ambiente o los olores que se desprenden del paisaje... Tienen también mucha importancia la luz y la sombra para crear atmósfera de misterio<sup>2</sup>.

*Parte de una Historia* recrea el imaginario de Aldecoa en la isla de La Graciosa. Para muchos críticos, sin embargo, el relato se desarrolla en una isla imaginaria, producto sin duda del desconocimiento de la existencia de esta isla. No planteo esto como reproche ni crítica sino como constatación. ¡Tampoco hay por qué conocer todas las islas del mundo! Pero como nosotros sí conocemos la existencia de esta isla y su pertenencia a un ámbito archipelágico de mayor envergadura podemos y debemos hacer una lectura diferente de la novela.

*Parte de una Historia*, nos habla de La Graciosa, pero también podemos leerla como metáfora de la realidad del conjunto de nuestras islas, o al menos cabe esa posibilidad en la lectura de la novela. Demasiadas claves de la narración nos sitúan ante realidades que todo estudioso de la historia de las islas es capaz de trasladar hacia otras ínsulas, o al conjunto de ellas.

La construcción de un discurso que engarza la historia, las costumbres sociales, el papel de la mujer en la sociedad isleña, la conciencia sobre uno y los valores sociales o la particularidad de la luz y el paisaje insular es el elemento central que proponemos en esta lectura.

La novela comienza haciendo una descripción pormenorizada de lo que ve el autor al llegar a la isla haciendo buena la aseveración de John Berger de que “la vista llega antes que las palabras”. “Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla. Las cabezas de los cazones y sus entrañas yacían en las rocas cercanas al muelle, arrojadas al creciente de la marea. Las gaviotas abatían sobre los despojos. Los hijos de Roque y otros muchachos pulpeaban con máscaras de buceo, y en el grao de la caleta se confundían por las sucias haldas del agua, gallinas y pájaros de la mar en sociedad apacible. Una mujer en cuclillas extendía un extático cardumen de pejeverdes en el picón del secadero, y el ala baja y ancha de su sombrero de pleita me impidió verle el rostro. El molino de gofio, sin velas, como un gigantesco esqueleto de reloj, alzaba sus engranajes y estructura hexagonal por en cima del caserío. El rebaño de camellos se perfilaba en las dunas volviendo de los matos pastizos de la llanía”<sup>3</sup>.

Aldecoa nos sitúa con su mirada ante una fotografía instantánea de la vida cotidiana en la isla. En esa realidad en donde las cosas aparentan “estar” en lugar de “ser”, se desenvuelve a la vez una realidad de deseos y esperanzas. “María ha tenido su séptimo hijo varón, que estudiará Comercio cuando sea grande y no irá a la mar como los otros”<sup>4</sup>. Romper la maldición del nacimiento. Rebelarse con-

---

2. Gallardo Parga, José Manuel: El cuento de posguerra: Ignacio Aldecoa y Alberto Moravia en <http://www.athenea.es.org/articls/moravia.htm>.

3. Aldecoa, Ignacio: *Parte de una Historia*, Alianza, 1987, pág. 7.

4. *Ibid.* pág. 9.

tra el destino que impone pertenecer a una clase social y habitar en un lugar apartado del mundo. El deseo de escapar a los múltiples condicionantes, incluido el de la miseria es una constante en la historia de la isla y del conjunto de las islas. La historia de la emigración al Continente Americano refleja enteramente el deseo de la huida y el olvido de lo que se deja atrás. “El marido de Candelaria se fue a las Américas y aún no ha escrito, y esto es una tristeza para todos... —porque corren dos meses, virando a tres, desde que tomó el viaje”<sup>5</sup>. No hay más datos sobre el marido de Candelaria a lo largo de la novela. Igual que muchas mujeres de las islas no tuvieron más señas de los maridos que se fueron a América. Allí fundaron otra familia. La suerte a muchos no les cambió, pero sin embargo no quisieron volver a saber nada de lo que dejaron tras su marcha. De otros se tuvieron noticias por medio de terceras personas. Irse a América no implicaba sólo la preocupación por la suerte en el viaje, sino también la esperanza de que no se desapareciese en el olvido. Muchos hombres, sin duda, encontraron nuevos territorios para el deseo en sociedades más abiertas que la Canaria para el disfrute de los placeres de la carne. Las sociedades americanas, en especial las caribeñas —y no olvidemos que la emigración canaria en esta época es a Venezuela— debieron representar, en su promiscuidad y liberalidad sexual, un contrapunto importante para la moralidad de las gentes que iban desde aquí, porque a la propia condición de sociedad represiva con el sexo, derivada de sus condiciones demográficas y culturales habría que añadir el nefasto papel que a este respecto jugó el nacional-catolicismo, ideología oficial del régimen. A la altura de 1957 los obispos españoles todavía advertían sobre la sagacidad del Satán escondido entre las piernas de las mujeres. Así lo sugiere la Conferencia de Obispos Metropolitanos de ese año al decir: “No necesitamos subrayar la plaga de desnudismo que invade nuestras calles, sobre todo en verano no siempre por culpa de los turistas que vienen de allende las fronteras de nuestra Patria, ni se puede excusar la hipocresía del mismo desnudismo, que trata de cubrirse con velos tan sutiles que sirven más bien para aumentar el reclamo de las bajas pasiones. ¿Hará falta descubrir los daños que producen en el orden moral las modas inverecundas, armas principales de Satanás para abrir las puertas al impudor público, atrio de la degeneración moral? Recuérdese que la serpiente antigua inicia sus campañas de odio a la Humanidad valiéndose de las debilidades de la mujer”<sup>6</sup>.

Ningún rincón del Estado queda dejado de la mano de Dios y aunque la demanda espiritual esté reducida por la escasa población, la Iglesia mantiene los servicios mínimos de atención a las almas, es decir, a las conciencias, que es tanto como hablar de la cosmovisión del mundo. “A la iglesia viene cada tres semanas un cura de la isla Mayor a decir misa”<sup>7</sup>. La isla Mayor es Lanzarote.

---

5. *Ibid.*

6. Sartorius, N. y Alfaya, J.: *La memoria insumisa*, Espasa Hoy, Madrid, 1999, pp. 357-358.

7. Aldecoa, Ignacio: *Opus cit.* pág. 20.

Tiempo prolongado sin asistencia espiritual para las premuras que al respecto existían en la época. Pero no olvidemos que el tiempo —histórico y no meteorológico— en La Graciosa no tiene el mismo ritmo que en otros lugares. La Iglesia lo sabe. El pecado actúa con más parsimonia cuando la gente vive aislada y gasta todo su tiempo en garantizar la comida. La particularidad del tiempo en La Graciosa consiste en haberse convertido en una cuenta atrás. Para otras condiciones externas pero igualmente dislocadas en el control del tiempo Baudrillard escribió que: “el tiempo que queda ya ha pasado y a la utopía máxima de la vida sucede la utopía mínima de la supervivencia”. Ya no hay nada que esperar del futuro y por lo tanto de aquí en adelante no hay vida, sino la espera de la muerte. La resignación. “Una vez estaba nuevo, veintitantos años, por ahí, por ahí, no creo que más. Ni casado. Era yo nuevo, como te digo; no tenía la vida detrás”<sup>8</sup>. “La vida detrás” sentencia la negación a seguir construyendo historia. Ahora todo es una cuenta atrás. Se espera, simplemente, que la muerte aparezca. “Cuando contamos los segundos que nos separan del fin, es que todo está ya acabado, que se está ya más allá del fin”<sup>9</sup>.

Si el tiempo hacia el futuro ya está agotado, sólo queda la repetición, la monotonía. Un discurrir mecánico por los tics aprendidos a lo largo de la vida. La repetición de los actos se sucede sin pulsión y sin pasión. Es una “memorización maniática”, en palabras de Baudrillard.

En otro orden de cosas *Parte de una Historia* refleja los determinantes que marcan las pautas de la sexualidad y el papel de la mujer. Un lenguaje demasiado rebuscado para poner en boca de pescadores refleja, no obstante, el carácter verdadero sobre la consideración que de la mujer tienen los hombres de la isla. “Los mozos de hoy tratan con mucha pamema a las mujeres —afirma el señor Mateo. Demasiada pamema. Más de la que se merecen. Babosean...”<sup>10</sup>. Pamema quiere decir que le dan más importancia de la que se merecen. O más exactamente “cosa fútil a que se ha querido dar importancia”. Es eso justamente, lo que representa la mujer en la España franquista. Puede que también, o sin duda también, en la sociedad campesina educada en el tradicionalismo católico. Los hombres que todavía no han dejado la vida detrás “babosean”. Y no es que la mujer despliegue ningún juego de enredos. Su interés sólo encuentra como forma de expresión la mirada. Una mirada furtiva. El lenguaje verbal no entra en acción. La labor de cualquier acción mecánica para la que han sido educadas entretiene las manos y vehiculiza los deseos. “¿Qué piensa Luisita? Sus hermosos ojos están fijos en el rostro de Domingo. Las manos ordenan maquinalmente madejas de lana con suavísimo tacto como si estuvieran prontas a deshacerse”<sup>11</sup>. La

---

8. *Ibid.* pág. 110.

9. Baudrillard, Jean: La sombra del milenio o el suspense del año 2000, Ignacio: en *Debats*, nº 62-63, Otoño 1998, Diputació de Valencia.

10. Aldeoca, Ignacio: *Opus cit.* pág 25

11. *Ibid.*

mirada es la única arma disponible para las mujeres. Luego la resignación o la espera. Domingo se va a ir de farra con las “chonis”. Desaparecerá con ellas tras paisajes invisibles. Ocultos tras la noche. Así durante todo el tiempo que los extranjeros encallados en la isla permanezcan en la misma. Luisita sólo podrá mirar y odiar en silencio. A lo sumo negarse a consumir un matrimonio para el que ya estaba destinada.

“Domingo se va a casar con una sobrina de Roque. Irá en la falúa grande de la familia como primer engrasador. Vivirá ocho meses cada año con los cabildos pesqueros de la costa del moro. Nostalgias vaciadoras, desazonadas noches, exaltaciones del recuerdo, allí le esperan”.<sup>12</sup> Es probable que su aventura de alcohol y su deseo de andar con mujeres que han convertido su cuerpo en máquinas de placer, trunquen estas esperanzas que Aldecoa narra casi al comienzo de la historia. No hay boda a lo largo de la narración. Y sí pesadumbre por haberse aventurado al placer en cuerpo extraño. Rabia contenida en la que podría haber sido su mujer, o que tal vez en la realidad de la irrealidad del relato llegó por fin a serlo.

Sin irrupción de los americanos encallados en un yate la novela podría haberse convertido en un relato costumbrista. Pero no lo es. El rescate de los accidentados y luego su inserción por unos días en la vida de la isla sirve para contraponer dos mundos. Por un lado el tradicional y conservador, y por el otro el urbano y liberal. A la par también, que las diferencias enmarcadas en cuanto a las clases sociales se refiere. Los gracioseros se encuentran atrapados en la seguridad de sus principios morales, pero a la vez sienten la necesidad de una ruptura que ésta presencia extraña les puede ofertar. El lenguaje es usado muchas veces como arma punzante. Como desafío y provocación para deslizarse por nuevas actitudes que de antemano se saben imposibles. “Las conversaciones se mezclan y tan pronto se habla de la cuantía de la pesca como del naufragio de los americanos, como de la dudosa virtud de la mujer del yate”<sup>13</sup>. Aquí es en donde se plasma la ruptura. La mujer del yate desde este momento extiende su sombra a lo largo del resto de la novela. No hay mujeres así en la isla. Ellos —los hombres— lo saben y lo lamentan. Más o menos abiertamente. “Pues de qué voy a hablar sino de los chonis. La mujer tiene café puro en la sangre, pero parece hembra para todo”<sup>14</sup>. Ellas también lo saben. Están imposibilitadas moralmente para ser hembras para todo. Sólo pueden ser trabajadoras para todo. Y que se lo recuerden les cae pesado. “Y dale... —bisbisea una vieja muy arrugada”<sup>15</sup>, a la sentencia anterior expresada por Mateo. No hay tiempo para el deseo ni para el sexo. El mundo de la mujer está sencillamente castrado y arruinado para un ejercicio hedonista.

---

12. *Ibíd.*

13. *Ibíd.* pág. 54.

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*



El hombre insular no anda mejor parado. Puede envidiar la vida que intuye de los “chonis”. Pero sólo es capaz de contemplarla desde el afuera. Como si se tratase de una película. Le puede parecer bien hablar de y desear a la mujer de los “chonis”, pero en ningún caso admitiría lo mismo a la inversa, aunque exclame en alguna ocasión sentencias que luego requieran confesión. “Más de una quisiera tres para sí... Ya me confesaré cuando venga el cura de la isla Mayor, y ustedes, también, por haberme escuchado”<sup>16</sup>. Es mejor no hablar de los temas que puedan remover pilares. La mujer para eso se muestra más realista. Sobre lo que no interesa no hay que ir dando vueltas: “Lo digo... por lo pesado que se pone con su misma canción”<sup>17</sup>. Enrocado cada uno en su posición, la diferencia fundamental entre estos hombres y estas mujeres es que ellos van a hablar y a manifestar tras un lenguaje de doble sentido lo que realmente quisieran, mientras que ellas callarán o a lo sumo se erigirán en guardadoras de las costumbres, sabiendo que con la desaparición —temprana— de los “chonis” todas estas disputas serán olvidadas y la comunidad reintegrada a los principios de la resignación y el conteo de los días hasta el fin.

La potencia de la sexualidad femenina es un ámbito incomprendible para los insulares. No es, en ningún caso, entendida como expresión de una autonomía personal, sino como inducción de las artimañas masculinas, como contestación al deseo manifestado por el hombre. “¿Qué le habrá dado el Domingullo?”, se pregunta Mateo el Guanche al contemplar a “una mujer salida”<sup>18</sup>. Las conductas sólo pueden tener una dirección y lo demás es resignación. No existe la contemplación de ningún matiz para los celos en el sentido en que nos habla Antonio Escotado en su *Retrato del libertino*: “Los celos, la ley animal del territorio, seguirá animando irresistiblemente a tibios e inseguros, y tentando en mayor o menor grado a todos los demás, pues no somos aún sobrehumanos. Pero aquello tradicionalmente glorificado dejó de serlo”. No en el caso de La Graciosa dibujada por Aldecoa

El sentido de propiedad sobre el otro está demasiado arraigado en las experiencias vitales de los isleños. “La costumbre quita daño, aunque él se beba y eche las tripas. Y el otro anda peor, mucho peor, y empeorando por dentro porque debe de querer a la suya. Y los dos viéndolo todo y callando como ahogados. Los ‘chonis’ son así, lo sienten pero mudos”<sup>19</sup>. El consabido dicho patrio de “todas las mujeres son unas putas” puede tener también la versión más drástica de: “habría que fondearlas en la caleta para que se les pasara la calentura, aunque podrían poner a hervir el agua del mar”<sup>20</sup>. Palabras que, sin embargo, sólo muestran la impotencia de no poder alcanzar con sus manos esos cuerpos inci-

---

16. *Ibíd.* pág. 55.

17. *Ibíd.* pág. 54.

18. *Ibíd.* pág. 87.

19. *Ibíd.* pág. 88.

20. *Ibíd.*

tadores a los que desearían, en su frustración, ver sumergidos en la caleta calentando el agua del Atlántico. “—Y usted, señor Mateo, ¿no ha pescado?— La bebida que llevo como Félix, y una envidia muy grande. Hay que tener los dientes muy blancos para esa carne, y los tengo en pleito con el carbón”<sup>21</sup>.

La inserción en un universo propio de ideas hace inviable que la discusión sobre el comportamiento de las “chonis” pueda salvar determinados escollos. El alcohol y el círculo cerrado de los discutidores ponen el resto. No es posible para ellos que todo pueda terminar bien. Tarde o temprano, intuyen, la violencia debe aparecer para poner a cada uno en su sitio, especialmente a cada una. Pero claro, estos diálogos sólo pueden ser esgrimidos en la comprensión de unos códigos de conducta compartidos y aprendidos desde la infancia. —Con un buen chicote estaba todo arreglado. A chicotazos con ellas hasta levantarles la piel— dice alguien con regusto sádico... —Casi como si las echan al mar—... Las puedan ahogar en Las Conchas o donde quieran. Yo lo haría”<sup>22</sup>, sentencia el Fardelero, dejando claro, además que tendrían la comprensión de los habitantes de la isla. “Qué sabemos nosotros”, dice, estableciendo de antemano la complicidad. Mateo, que se nota que es un hombre más viajado, o al menos más informado, anuncia, a pesar de su conformidad con el modo de actuar propuesto, que las cosas afuera son distintas. Que según las leyes, en este caso americanas, uno no se puede tomar la justicia por su mano, ni siquiera en asuntos de mujeres. Y en resumidas cuentas que lo importante es que “las nuestras” nunca tendrán ese comportamiento.

No sólo el comportamiento ante la sexualidad es descrito y analizado en la novela. Una serie de temas son tratados con mayor o menor intensidad. Tanto los comportamientos de los gracioseros como el de los extranjeros que están de visita en la isla. Hay que anotar que además de los americanos encallados con su yate, se describe la presencia de una pareja de ingleses, aunque siempre tratada en un segundo plano en la narración. La mirada de Aldecoa penetra en los comportamientos esnobistas de éstos cuando describe su apetencia por montar en los camellos. “Se conoce que para ellos es divertido”,<sup>23</sup> apostilla Enedina, la esposa de Roque, uno de los protagonistas de la obra. Para ellos es divertido. Una vuelta turística. Para los isleños una incomodidad necesaria y un valor de cambio en una economía en la que aún permanecen pautas de trueque.

La sociedad en la Graciosa está compuesta por gentes simples cargadas de razonamientos de lo que se llama el “sentido común”. Éste vale tanto para las conductas generales en la vida como para las labores pesqueras. La experiencia propia es el recurso más valorado en ambos sentidos. Sobre lo que se sabe, o lo que se cree saber, las opiniones son tajantes, únicas. La rudeza es un valor a con-

---

21. *Ibíd.*

22. *Ibíd.* pág. 89.

23. *Ibíd.* pág. 22.

siderar. “El señor Mateo el Guanche mata las murenas de mordisco. —Así y así. Trincándolas con el sobaco y tirando de la liña. Al diente. —¿Y si se suelta el anzuelo? —Si desanzuela, a la mar; si queda a bordo, a la clemencia. Es bicho malo; es mejor que no se suelte ¿Ves tú esta calva en la barba? ¿La ves? ¿Castigo de murena! ¡Hija de puta! Me tuvo quieto de dolor hasta que me la quité con el cuchillo. Un poco abajo y no lo cuento”<sup>24</sup>.

La sociedad isleña de los años sesenta es pobre. El papel del Estado está reducido básicamente a su carácter represivo, y eso que hoy se conoce como la política asistencial o política social, que para entonces estaba presente en toda la Europa democrática, apenas si tenía cabida en España. En los territorios alejados de las grandes ciudades mucho menos. Sólo el trabajo propio y muchas veces en cooperación con otros —los vecinos— hace posible que las gentes puedan tener sus casas. Cada hombre, en la víspera de su boda se encarga de levantar su hogar. La mujer trabaja al objeto de rellenarla de cosas. “Se va a casar y ha dejado por una temporada las pesquerías del sur para construir su casa. Es la costumbre. El hombre hace el hogar con cenizas de volcán prensadas en grandes bloques, ayudado por sus parientes o por sus amigos. La mujer prepara las telas domésticas para toda la vida, y para la muerte”<sup>25</sup>. Es el triunfo de la cooperación. Un rasgo de comunismo primitivo presente en todas las islas del Archipiélago canario. Y también es, a la vez, la constatación de que aún Canarias no estaba subsumida más que formalmente en las reglas del capitalismo.

La convivencia con los extranjeros está dominada por una profunda desconfianza hacia éstos. Se comparte con ellos bebida, conversación y tiempo. Pero más en una actitud de análisis y de dejar ver cómo se comportan, que por un interés sincero en el cultivo de su amistad, o en su defecto, en el intercambio relajado de opiniones y puntos de vista. Lo único que se comparte es el ron, y a partir de él las conductas que improvise el efecto del alcohol.

Demasiadas diferencias saltan a la vista entre unos y otros para que la situación pueda ser distinta. En unos se evidencia la delicadeza con que los ha tratado la vida. En otros se patentiza un calvario vital que define mejor supervivencia que vida. “En Gary brillan los dientes, la piel morena y sudorosa, los ojos de bebedor y la camisa rosada; en el señor Mateo todo es apagado y mate, tiene una pátina de años de trabajo y únicamente la cicatriz del mentón blanquea como carne en su leñosidad”<sup>26</sup>.

Los pocos acontecimientos que interrumpen la dura y anodina vida cotidiana, son aprovechados por algunos para vivirlos con la mayor de las intensidades. La gente aquí trabaja durísimo. Su vida se va en ello. Pero a la hora de encontrar un desafío nada mejor que una fiesta continua. Se supone, o al menos así lo dicen, que la fortaleza para el trabajo también se traduce en resistencia para la

---

24. *Ibid.* pág. 23.

25. *Ibid.* pág. 25.

26. *Ibid.* pág. 75.

bebida. “Hoy ya no aguantan más los «chonis». El señor Mateo puede con todos. Ya veremos cómo se varan... —Hay que conocerle bien (a Mateo). Por una parranda sacrifica un año de vida. Además de que está trenzado de cable de acero”<sup>27</sup>. Hay una necesidad psicológica de superarlos. En ello les va el triunfo en la partida que de forma silenciosa y sin nadie plantearlo se está jugando. Es un desafío en el que se pretende valorizar lo propio. El ámbito de la fuerza y de la resistencia es el apropiado para remarcar el territorio. Es una lucha también entre los valores más generales de la gente de la ciudad —de cualquier ciudad— frente a los rurales. Formas parecidas de competencia se dan entre las gentes del campo y las gentes de las capitales en las demás islas.

Los isleños son conscientes de la realidad en la que andan inmersos. Las jerarquías de autoridad saltan a la palestra en cuanto agentes distorsionadores, propios o extraños, aparecen en escena. Si la pasión de los propios o el quehacer no ajustado a las normas de la comunidad de los extraños pudiese generar conflicto en el grupo, los vecinos toman partido. La actitud de Dominguillo, de la que hablamos antes, que consistía en merodear a las mujeres extranjeras abre una disputa en ese sentido. “Los viejos tenemos nuestra responsabilidad... esto es un pueblo” y como hay que vivir en armonía y siendo conscientes de que debemos compartir el tiempo el resto de nuestras vidas, y los extranjeros no, hay que pedir cuentas de las actitudes de alguien que pueda enrarecer las relaciones con otros miembros de la isla. “Hay que vivir todos juntos”<sup>28</sup>. La preocupación que se manifiesta es en un doble sentido. El primero, es que puede sentirse ofendida la familia de su futura esposa. La segunda, es que cuando se vayan las extranjeras, Dominguillo se quede solo, y quien iba a ser su mujer prefiera buscar en otro lo que ya no desea de él. Estamos, como se ve, ante una conducta tremendamente conservadora.

Sin embargo, la condición de hombre hace posible mantener una actitud, en cierta manera, privilegiada en su acercamiento y crítica a los extranjeros. A algunos no puede gustarles la presencia de éstos, o al menos sentirse molestos con determinadas actitudes, pero pasan parte de su tiempo en compañía de ellos, sobre todo cuando el ron anima la conversación. Pero para las mujeres la mirada es otra. Ellas no beben ron. No comparten ningún momento con los extranjeros, y por supuesto, a ninguna se le pasa por la cabeza la idea de acostarse o siquiera coquetear con alguno de los naufragos. Digamos que las gracioseras son el baluarte puro en la defensa y reproducción de los valores de la comunidad. Para ellas queda un resentimiento silencioso, sólo roto en la conversación privada que Luisita mantiene con Aldecoa: “—Apenas hablo contigo. Parece que ya no hay tiempo aquí para hablar con quien se desea (dice Aldecoa). Tú no deseas hablar conmigo. Tú estás con los otros (le contesta Luisita y prosigue). —Esas

---

27. *Ibíd.* pp. 85-86.

28. *Ibíd.* pág. 91.

mujeres... —Hoy nadie ha salido a la mar. Mañana, tampoco van a tener ánimo... —Sal a verlos. Vete a la tienda”. Luego interviene otro personaje femenino para apuntar en la misma línea de Luisita: “—Demasiada alegría (Antica). Los hombres jóvenes en el sur ganando el pan y los viejos como perros con los naufragos”<sup>29</sup>.

El realismo de los gracioseros también está puesto de manifiesto en cuanto al futuro de algunas de las actividades laborales a las que estaban acostumbrados. El negocio con los camellos comienza a menguar. El esfuerzo es demasiado y la recompensa muy corta. Vender un camello que ya no rinde en la isla requería trasladarlo en falúa a Lanzarote. Muy arriesgado y mucho trabajo para cambiarlo por algunos productos comestibles. “Los tiempos están cambiando”, asegura Roque.

Hay una fatalidad respecto al destino por haberlos colocado de nacimiento en ese “país de arena, roca y agua”. Casi todos son conscientes de que en algún momento deberán abandonar la isla. Siquiera cuando estén muertos. La sensación que describe Aldecoa es como si vivieran en un sitio prestado. En un territorio que nunca será totalmente de ellos, porque en realidad nada hay de que apropiarse. “En esa isla, que yo llamo nuestra isla, nada existe que sea mío y muy poco que sea de ellos: los pescadores viejos, las mujeres viejas y jóvenes, los niños. Los mismos que viven en La Caleta del Sebo han abandonado Pedro Barba y abandonarán la isla en cualquier hora de cualquier día”<sup>30</sup>. Aldecoa sabe esto y aunque no se lo manifiesta así a su amigo Roque sí le advierte, ante el comentario de éste de que los extranjeros se están acostumbrando a la isla: “No se acostumbrarán, Roque. Tomarán parte de vuestra alegría, nada de vuestros pesares y se irán. Se irán muy pronto, cuando deje de ser diversión el ser naufrago”<sup>31</sup>. Realismo demoledor. Aldecoa sabe bien cómo es la gente de la ciudad. Él mismo es uno de ellos, aunque su estancia en la isla tenga otras consideraciones, y aunque no sea un millonario y borrachín, sino un intelectual.

El punto de vista femenino incluye también una lectura de pertenencia a una clase social. Una conciencia sobre la dureza de la vida, sobre todo cuando se es pobre. Esto lo saben tanto el narrador como Enedina. El punto de vista de la mujer, siempre mucho más sutil e inteligente que el del hombre apunta sin medias tintas la maldición del destino. La maldita mala pasada de no haber podido disfrutar la condición femenina: “Estas extranjeras no son como nosotras. Nos hacemos viejas casi cuando dejamos de ser mozas”<sup>32</sup>. Cuando las funciones biológicas de la reproducción se han cumplido y el trabajo para sacar adelante a los retoños está hecho, sólo queda morir. Morir resignadamente. El mundo pasó por ellas, pero no ellas por el mundo. Una repetición insensata a la que se vieron

---

29. *Ibíd.* pág. 122.

30. *Ibíd.* pág. 105.

31. *Ibíd.*

32. *Ibíd.* pág. 36.

avocadas millones de mujeres durante la dictadura franquista, en una versión macabra nacional- católica del *Gulag* soviético.

Aldecoa describe la tragedia sin regodearse en ella. Sin tomar, aparentemente, partido. Resaltando sólo los aspectos estéticos de la diferencia, pero encamando en ellos una realidad impecable: “Es una hermosa mujer (refiriéndose a la inglesa), con la piel bruñida del sol y la mar, con la elasticidad deportiva o zoológica que se sorprende en algunas esculturas y con la misma apartada presencia... Enedina es de carne, de leche maternal, de aromas femeninos, de cobijo, olor de pucheros a la lumbre, ropas blancas puestas a tender, lágrimas, ocupaciones constantes y espera de la vejez”<sup>33</sup>. Es, desde luego también, una metáfora sobre la galaxia que separaba la condición femenina en Europa y en España, además, por supuesto, de una evidente contraposición entre lo que significaba ser una mujer de origen burgués, o de posibles económicos, y una mujer trabajadora en un territorio marginal de un país pobre. La buenaventura de Epicuro del disfrute de los placeres frente a la maldición cristiana de ganarte el pan con el sudor de tu frente.

El minimalismo descriptivo de Aldecoa se percibe, como hemos visto, en diferentes situaciones de la novela. También en la luz y el paisaje de la isla. La recreación de atmósferas oníricas en el duermevela de media tarde es un momento propicio para ello. “Por las hendidias de las contraventanas penetra una luz agria, pero la alcoba está iluminada por otra luz, licorosa y perlina”<sup>34</sup>.

La isla ha ido cambiando su fisonomía. Desde las primeras casas de choza que salpicaban el espacio insular, se pasó a la construcción del poblado de Pedro Barba y finalmente a La Caleta. Ese recorrido de la historia interna de la isla coincide en su desplazamiento temporal con la marcha de la historia externa. De la historia del mundo. La Graciosa, como otras islas de nuestro Archipiélago, pudo otear desde la oscuridad de sus noches el paso de maquinarias de guerra que asolaban el mundo. “¿Y del submarino? Por el año cuarenta y uno o cuarenta y dos... —Pasó... por el río de mar una noche de luna llena, navegando en la superficie. Al principio no sabíamos lo que era. Un barco raro, a poca marcha, cuatro o cinco nudos cuanto más. Todavía no estaba hecho el muelle y lo veíamos pasar desde la playa. Dijeron que era alemán”<sup>35</sup>. Por esos días y esas noches el futuro de la humanidad se estaba librando en Stalingrado.

---

33. *Ibíd.*

34. *Ibíd.* pág. 107.

35. *Ibíd.* pág. 153.